



El más alto patriotismo

El legado de Europa de Stefan Zweig
Trad. Claudio Gancho Acantilado
B., 2003 • 301 páginas • 20 euros



■ Antes de convertirse en un proscrito, conforme al destino que la Alemania nazi reservaba a los de su raza, Stefan Zweig gozó en vida de una popularidad inmensa en el mundo germánico, como en el resto de Europa y asimismo en América, hasta el punto de que los implacables censores del III Imperio se lo pensaron dos veces a la hora de condenar sus libros a las bárbaras hogueras. En efecto, Zweig fue uno de los autores más leídos y traducidos de la época de entreguerras y su fama perduró después de su muerte, engrandecida por su temprano rechazo del totalitarismo. Así, por ejemplo, en España, sus obras se imprimieron por miles y todavía hoy es posible encontrar no pocos títulos de las numerosas ediciones populares que se hicieron a mediados del siglo pasado, o bien tomos sueltos de sus obras completas, publicadas por Juventud, presentes unos y otras, muchos de ustedes los recordarán, en las bibliotecas de la época. Desde hace unos años, los editores de Acantilado, que vienen recuperando para su catálogo a otros excelentes autores centroeuropeos como Arthur Schnitzler o Joseph Roth, han decidido rescatar la obra de Stefan Zweig—relatos, *nouvelles*, ensayos, biografías—, cuyas extraordinarias memorias, *El mundo de ayer*, supusieron un éxito hasta cierto punto insospechado—o quizá no

tanto, dada la absoluta actualidad, en el convulso escenario político del nuevo milenio, de la materia tratada— para los responsables de la exquisita editorial catalana.

Este *Legado de Europa*, una recopilación de ensayos realizada mucho tiempo después de la muerte de Zweig por su gran amigo el editor alemán Richard Friedenthal, viene a ser el necesario complemento de las citadas memorias, que como es sabido fueron abordadas por el escritor hacia el final de su vida, instalado ya en su retiro americano. Tras su salida definitiva de Austria, después del exilio londinense, Zweig había recalado en Brasil, desde



STEFAN ZWEIG. Retrato del escritor vienés (1881-1942) en 1930.

donde seguía con amargura los avatares de la guerra, viendo con horror cómo la nueva y aún más devastadora contienda, de resultado entonces incierto, echaba por tierra todos los altos ideales que había venido defendiendo. En esa hora trágica, cansado y vencido, resolvió escribir sus memorias, dirigidas a la posteridad como una suerte de testamento. Escribe Friedenthal que Zweig se sentía como el "modesto albacea" de ese legado europeo en el que había cifrado su mayor esperanza, pero en esa su tarea de "multiplicador y conservador incansable de nuestra común herencia espiritual, amenazada una y otra vez por

la indiferencia y el olvido" gustaba de saberse rodeado por los que consideraba sus precursores, así como por los autores contemporáneos, más o menos ilustres, que compartían su noble causa. Concebido por el editor como una bella forma de honrar la memoria de Zweig, este libro es el particular homenaje a los amigos y maestros, una colección de ensayos literarios de diferentes épocas en la que el escritor austriaco convoca a los artistas predilectos que expresaron en sus obras el mismo culto a la civilización en que él creía, autores ilustres (Chateaubriand, Hoffmann, Rilke o Roth) y otros menos conocidos, hermanos todos, en la mente de Zweig, por un sentimiento de gratitud.

Hermoso libro que debe ser entendido como un segundo testamento intelectual, concebido por mano interpuesta y complementario, ya se ha dicho, de las impresionantes memorias en las que Zweig trabajó hasta el final. En Petrópolis, un día de febrero de 1942, el escritor y su segunda esposa Lotte Altmann se suicidaban en la habitación de su hotel tras ingerir sendas dosis de Veronal. Dice el editor que el lúcido ensayo sobre Montaigne—el primero y más extenso, con diferencia, de los aquí recogidos—fue el último trabajo emprendido por Zweig. No mucho tiempo después, en su emocionante despedida del mundo, el exiliado vienés escribió famosamente: "Mi patria espiritual, Europa, se aniquila a sí misma". Y algo más adelante, pensando en los queridos amigos que había dejado atrás pero también, sin duda, en las generaciones venideras, exclamaba: "¡Ojalá vean el amanecer después de la larga noche!"

Nostalgia del ideal europeo

La expresión, lo recordarán, trajo cola. Con motivo de la reciente desdichada guerra de Iraq, el presidente de los Estados Unidos, o uno de los altos cargos por él elegidos entre lo peor de la tradición integrista norteamericana, habló en términos despectivos de la "vieja Europa" para referirse a las naciones que no apoyaban su campaña de ocupación del país mesopotámico. El matiz es importante, pues nunca el adjetivo "viejo" aplicado al continente—como tampoco, pongamos por caso, al Egipto o la China—tuvo ni podría tener matiz peyorativo. Antes al contrario, lógicamente, la antigüedad de la cultura europea es motivo de legítimo orgullo entre los pobladores de un solar varias veces milenaria. Precisamente, los historiadores de la Antigüedad llaman "vieja Europa" a la que preexistía antes de la llegada de los pueblos indoeuropeos, nómadas del Cáucaso que trajeron con ellos las lenguas hoy extendidas por el ancho mundo, incluidos los Estados Unidos o la nación joven por excelencia. Pero en términos históricos recientes, se entiende por vieja Europa el orden surgido del Congreso de Viena, anterior a la traumática

El 'mundo de ayer' de Zweig es uno de los paraísos perdidos de la humanidad contemporánea

—y en muchos casos también liberadora— reconfiguración del continente tras la Gran Guerra, esto es, la Era de los imperios centroeuropeos y de la talasocracia británica, de la expansión colonial, del lento, agónico e inexorable crepúsculo de España. Ese es el "mundo de ayer" cuya pérdida—que engendró el tópico literario del *finis Austriae*, comparable, salvadas las distancias, a nuestro 98—lloraron muchos de los contemporáneos de Zweig, un mundo magistralmente recreado en sus memorias que, al margen ya de la Historia, ha quedado constituido, en el imaginario europeo, como uno de los paraísos perdidos de la humanidad contemporánea, con tanta más fuerza dada la intensidad del horror subsiguiente. No se trata, entiéndase bien, de volver a una visión, como se dice ahora, eurocéntrica, de desdeñar las restantes culturas del planeta ni mucho menos de olvidar la importantísima contribución de Norteamérica a la historia de la civilización. Se trata, en definitiva, de llenar de contenido unos principios—el humanismo, los derechos individuales, la paz...—de los que importa menos su origen europeo que la certeza, a estas alturas indiscutible, acerca de su validez universal.